

LAS VELADAS TEATRALES DEL ORFEON RENTERIANO

A mi antiguo amigo don Antonio Olarán, en recuerdo de aquellos días lejanos de juventud y alegría.

EN el número de esta REVISTA correspondiente al pasado año, publiqué un artículo en el que hacía el historial de aquel antiguo Orfeón Renteriano de grata memoria.

Sé que aquel trabajo agradó a los «errico-shemes» renterianos, y muy en particular a usted, amigo Olarán. ¿Y cómo no, si fué uno de sus fundadores y su *alma mater*, que con enorme afición y paciencia sin límites lo condujo a clamorosos triunfos?

Hoy quiero completar aquel primer artículo mío, dedicando otro del mismo género a las veladas teatrales que dió aquella agrupación artística.

Creo que ha de ser interesante para la actual generación conocer lo que se hizo teatralmente en nuestra villa hace la friolera de veinticinco años, o sea un cuarto de siglo si mal no calculo.

¡Qué viejos somos ya!

Menos mal que la memoria no flaquea aún, y a ella ayudarán las presentes fotografías que tienen este grato sabor de evocación que nos recuerda tiempos juveniles y aviva en el alma felices recuerdos de amigos, algunos ya fallecidos, otros tan campantes aún, y quizá con más gana de jolgorio que entonces.

Los presentes clichés fueron obtenidos allá por el año 1899 o 1900 en el primer «teatro» que tuvo el Orfeón, o sea en el segundo piso del Ayuntamiento, hoy dependencias municipales y en aquel tiempo escuela pública de niños.

Los impresionó el gran Manolo Samperio, el que me los regaló amablemente, ¡quién sabe si con el secreto presentimiento de que algún día salieran a la vergüenza pública! Y ya que esta hora les ha llegado, voy a explicar lo que representan con la mayor amenidad que me sea posible.



He aquí una foto en la que aparecen los fundadores del Orfeón. En primer término, en mangas de camisa, un señor que merece punto y aparte, y de quien he de hablar un poco largamente.

En segundo término, de izquierda a derecha: don Paco Arrache, aquel amable caballero, don Eusebio Uranga y mi buen amigo don Zacarías Cobreros, fallecidos ya los tres. Sigue don Gregorio Arrate, entonces electricista, a quien tapa bastante el personaje que he citado antes. Luego siguen don Antonio Olarán, don Estanislao Samperio y don Angel Sáenz.

Este señor del primer término, con indumentaria y sonrisa tan fresca, es Venancio Vázquez, pintor escenógrafo, peluquero, director de escena y qué se yo cuantas cosas más.

Este Venancio era una institución, pero tuvo varias veces la perversa humorada de amargarnos la fiesta a la terminación de los varios banquetes con que celebrábamos de vez en cuando algún aniversario o triunfo artístico de la Sociedad. Entonces, al concluir el festín, cuando en medio de cánticos y chanzas lo veíamos todo de color de rosa, Venancio, con malicia diabólica, como quien clava un puñal en inerte víctima, con todas las agravantes de alevosía, premeditación y nocturnidad,—los ágapes generalmente eran cenas,—sacaba un papelito misterioso y ¡zás! nos presentaba una fantástica cuenta de sus trabajos, viajes, gastos de fonda, pinturas, telones, en fin, un horror.

¿Pensaba, sin duda, que las malas noticias se resisten mejor a panza llena y cabeza caliente, y confiado en esto nos amenizaba la digestión con sus traidores sablazos?

No lo sé, pero afortunadamente en aquella época nuestro estómago a prueba de emociones corría parejas con el buen

humor, lo que nos hacía tomar a *chulla* a Venancio y a sus facturas y cuentas, dignas hermanas de las del gran Capitán.

En cierta ocasión le jugamos una broma que la soportó con su buen humor y frescura habituales.

Habíase estrenado «*Pudente*», la ópera vasca del maestro Santesteban. Para ella pintó Venancio una preciosa decoración representando un atrio romano, que gustó extraordinariamente



al público, y éste, queriendo premiar con su aplauso al hábil escenógrafo, solicitó su presencia en escena al final de la obra, en unión de sus intérpretes.

Por allí dentro andaba nuestro hombre en mangas de camisa y despojado por el calor del admirable bisoñe que habitualmente disimulaba su enorme calva, mayor aún que la del Gallo.

Su primer cuidado al llamarle nosotros, fué encasquetarse la peluca para comparecer dignamente ante el auditorio.

—¡Vamos, Venancio, que le llama el público, vamos pronto, prontol—le decíamos, mientras él, azoradísimo y medio loco, corría desolado de aquí para allá buscando su peluquin que no encontraba, donde lo había dejado.

Por fin, a empujones le sacamos al palco escénico, y la gente que no conocía al buen Venancio sin bisoñe, en calidad de bola de billar, se hinchó de reír, pensando que la emoción de su triunfo le había dejado calvo de repente.

Y luego nos reimos por partida doble al saber que todo fué obra del guasón sempiterno José Piquero, quien ocultó la peluca deliberadamente a fin de provocar tan hilarante episodio.

Otra fotografía representa a Olarán y Sáez (éste trocado en mujer) cantando el dúo de *Música clásica*, antigua y fina zarzuela.

El padre, bajo de capilla, huye de su hija que detesta la música religiosa y le invita a bailar en su compañía.

En otro cliché aparecen «*Los de Calatorao*», de la célebre



zarzuela «*Gigantes y Cabezudos*», que fué celebradísima por el público renteriano.

Empezando por la derecha vemos un hombrón, Faustino Echevarría, ya fallecido y entusiasta del Orfeón; después Gerar-

do Bermejo, mi querido *lagunzarra*, hoy concejal y gerente de la Fabril Lanera, convertido en linda baturra; a continuación Federico Olaciregui, muerto en plena juventud de una traidora pulmonía; a su lado, transformado en *chiquia*, José Martín Ugarte, hoy maestro pianista en Bilbao, y por último el chavalillo entonces Juanito Jáuregui, hoy tamborilero y sesudo padre de familia.

A este Juanito se lo comía el público a agasajos y aplausos. A pesar de no levantar del suelo más que un cañamón, decía inimitablemente su frase: *¡Voy aga-rra-di-co no ten-ga cu-diaol!* Y los de Calatorao tenían que repetir su número cuatro y seis veces en medio de un bullicio delirante.

Veamos ahora a esta lozana baturra con mantón de manila en medio de las *chiquias* y el *chiquio* de Calatorao, y cuya gallarda postura revela a una castiza *maña*.



Las apariencias engañan. Es, sí, un castizo renteriano, el popular amigo Juan José Urigoitia, quien si entonces en su papel de Pilar cantaba la jota de «*Gigantes*» primorosamente, hoy también es copaz de cantarla, pero le sale mucho mejor (y le alabo el gusto) después de despachar entre amigos una sabrosa *shalcha* remojada con dorada sidra de alguna afamada *kupela* de la calle Arriba.

En otro grabado se ve la escena de la jota de la mencionada zarzuela. Ahí está, a la izquierda, don José Antonio Jáuregui, dándole de firme a la dulzaina, y al fondo los gigantes y cabezudos.

Por cierto que recuerdo una graciosa anécdota referente a los gigantones. Los que los llevan se quedan solos en escena al terminar la jota. Son dos cesantes que por ganarse una peseta se prestan a ello. Asoman la cabeza por entre las faldamentas de los mamotretos y empiezan a quejarse de su triste suerte. Uno de ellos, en el curso de sus quejas, exclama: *¡Qué cosas hacemos por ganar los viles garbanzos!* Pero al que decía esta frase, un robusto tintorero, eso de los «viles» no le sonaba del todo, y solía decir en los ensayos: *¡Qué cosas hacemos por ganar los «milas» de garbanzos!*

Costó Dios y ayuda hacerle ver que eran los viles, y no los miles, como el decía. Por fin entró en ello, a costa de grandes esfuerzos.

La sexta fotografía representa la escena final de la obra antedicha. Vemos aquí a Pilar (Urigoitia), y a Jesús (Sáez), satisfechos y contentos al ver cumplido su amor, mientras el sargento embustero y trapalón, desempeñado por don Juan

Valdés, exclama bizarramente con dramático acento: «¿Ganarle a grandesa d'arma tú ni nadie a un andalúz?..» ¡Pero zi lo má grande d'Epaña etá Zeviya, en mi tierra!.. Las mentiras, la Girarda, la hermozura de las hembras; zi hazta er zó tiene ayí tré vara má qu'étel..

¿Ganarme tú a mí? ¡Necuacuan y renacuacuan!!.



Y a la izquierda aparece el pobre Piquero, como asintiendo con su guasonu sonrisa andaluza a las frases del sargento y calabaceado don Juan.

Y aquí termina la obra y mi artículo retrospectivo.

Si el hacerlo ameno y agradable me ha sido no tan fácil como lo era la transmutación de sexos para los «artistas» que integraron el cuadro teatral del Orfeón, me daré por muy satisfecho cuando el buen amigo Olarán y los demás queridos *lagun-*



zarras se regocijen al verse rejuvenecidos un cuarto de siglo, aunque sólo sea en el papel.

¡Lástima grande para ellos y para mí, que en la realidad física no sea verdad tanta hermosura!

UN EX-ORFEONISTA.

LA MANUFACTURA EMPRESA DE LOS MÁRMOLAS ROJOS DE ARCHIPI, S. A.

Una de las industrias que más honran a nuestra villa es la que sirve de título a estas líneas.

La utilidad del mármol pulido y labrado es hoy cada vez más indiscutible. En vano mosaicos, mármoles artificiales y otras materias similares le disputan el predominio del mercado. La superficie suave, elegante y sobria del mármol es insustituible.

Estos talleres no sólo trabajan el mármol de Archipi, cantera situada en el monte San Marcos.

Asimismo hacen toda clase de piezas en mármol blanco de Paros y Carrara, a cuyo efecto cuentan con un competente personal para todo género de encargos.

En la actualidad, aparte su producción normal, tienen contratado todo el trabajo en mármoles que ha de hacerse en un

gran edificio que será inaugurado el mes de Septiembre con una soberbia exposición.

También, según nuestras noticias, en el monumento que la Corporación Municipal proyecta en honor de los hijos ilustres de Rentería, los mármoles de Archipi han de dar una nota de riqueza, demostrando así la importancia de esta industria netamente renteriana.

Mucho nos complace hacer públicos estos progresos de una manufactura local; su director-gerente, don Francisco Maiza, puede estar bien satisfecho de que los talleres que con tanto acierto dirige, pueden parangonarse dignamente por la bondad de su producción con los que más reputación tienen en España y en el extranjero.